

## PUÑALADAS AL AIRE

Tenemos a la vista el texto —ampliado y reproducido en un volumen— de las conferencias dadas hace algun tiempo por D. Angel Ossorio y Gallardo en el teatro del Pueblo de Buenos Aires y en la Universidad Popular de la Plata (1). ¡Penosa lectura!... Cabía pensar que el autor —avivado el seso por la lección recibida al ser derrotada, tras horrores de cataclismo, la causa que sirviera—, volvería los ojos hacia su patria lejana, con tanto más fácil y depuratorio movimiento de conciencia cuanto que la distancia en el tiempo y en el espacio favorece poderosamente la objetivación de juicios y sentimientos. Con objetivación, una objetivación que dejara a salvo los valores espirituales implícitos en los “Orígenes próximos de la España actual” —tal es el tema de las conferencias de Ossorio—, podríamos conformarnos, ya que los resultados del examen propuesto cederían en abono de nuestras propias conclusiones. La España que ganó la guerra civil no necesita deformar la Historia inmediata; le basta con saberla —a fondo y de veras— y continuarla.

Todo obligaba al conferenciante de Buenos Aires a ser objetivo. No sólo por exigirlo así la disposición del ánimo escarmentado que en principio le pudiera ser atribuido, sino también por ir dirigidas sus palabras a un público que no por hispanoamericano deja de ser extranjero a los efectos de la política interior. Conste, desde luego, que no hemos de reprochar la actitud de hostilidad, más o menos sistemática, que adopte quien pretenda enjuiciar un siglo como el XIX por el que rodaron tantas y tantas cosas, en tremendo declive. No faltan, ciertamente, en la España que va desde la guerra de la Independencia a la de nuestra Liberación, motivos de pesar, y aun de sonrojo: todos ellos, por triste que resulte, deben ser tenidos en cuenta para un cabal y riguroso conocimiento histórico. Pero historiadores y libelistas se diferencian, entre otras razones, porque aquéllos procuran sacar de lo adverso o depresivo, oportunas enseñanzas —de ahí el

---

(1) *Orígenes próximos de la España actual* (De Carlos IV. a Franco).

tono sentencioso de la Historia clásica—, en tanto que el libelista se entrega al malsano regodeo, eligiendo de dos versiones la peor, y si no hay opción, desfigurando, para afearla en el grado posible, la única existente, y sin preocuparse de sustraer al conjunto de agrias anécdotas, el categórico concepto moral que endulce un imprescriptible patriotismo.

La decadencia de España es una cosa, y otra es España misma. Como que la España de María Luisa y Godoy, o de Mendizábal y Espartero, o del cabecilla y el cacique, el bandolero y el pícaro, pasa con los hombres que de un modo contingente y fugaz cruzan su escenario, sin representarla jamás, y la España esencial, según la podamos descubrir en sus creaciones más genuinas, permanece siempre. Es esta la España, por encima de cualesquiera circunstancias políticas y sociales, con la que se encara Ossorio, para lanzarla este sarcasmo: “España vive de palabras huecas y retumbantes: ¡La Patria! ¡El honor! ¡La grandeza! ¡La gloria! ¡Luchar hasta morir! ¡El último hombre y la última peseta!...” No es extraño, pues, dado ese punto de vista que se califica por sí sólo, que Ossorio ironice cuando, en la yerba planicie de un deprimido Estado, se yergue una empresa de noble fulgor: la de España en Africa, por ejemplo: “El pueblo español —dice— cayó como un bobo en la trampa, prodigó su entusiasmo por las proezas bélicas y divinizó las gestas más sobresalientes de la breve epopeya. ¡Wad-Ras! ¡La batalla de los Castillejos! ¡Prim y los voluntarios catalanes! ¡La toma de Tetuán! Decididamente, la leyenda resucitaba y el buen pueblo español derramaba lágrimas de emoción...”

Con este mismo aire de sangrienta burla comenta todas las campañas de Marruecos y —huelga puntualizarlo— las guerras coloniales. España, en su concepto, no tenía nada que hacer sino allanarse a todos los derrotismos, a todas las razones y sinrazones de ajenas políticas exteriores, a cualquier limitación de nuestros medios de acción y expansión históricas. Naturalmente. Ossorio no puede llegar a la negación de algo que está por encima de toda polémica viable: la guerra de la Independencia por antonomasia, esto es, la sostenida contra la invasión napoleónica. Pero es entonces, ante lo absolutamente inexpugnable, cuando apela a la diversión estratégica de interpretar la supremá gesta de la España moderna y contemporánea como un movimiento democrático, en-

tendido a la peor manera posible: a la siniestra manera del Frente Popular. Dos o tres páginas emplea Ossorio en marcar el paralelismo de la guerra de la Independencia y la intervención del pueblo —la plebe roja, de 1936 a 1939— en la defensa de la República. El recuerdo de estos últimos sucesos entenece a Ossorio, y en trance de evocar el advenimiento de aquel régimen, escribe: “En cuanto el pueblo se siente en libertad, da expansión a sus anhelos, vota por la República y la instaura. En aquellos días 12 y 14 de abril de 1931, España empalma su Historia con la guerra de la Independencia. Lo ocurrido entre tanto ha sido un intermedio, una interrupción.” Pero por si no fuera causa suficiente de asombro esa monstruosa equiparación, osa el autor, más allá, está otra: “Yo no he visto gobernar bien sino dos veces en mi vida: a Maura, en el trienio de 1907-1909, y a Azáña (que tiene mucho de Cánovas y de Maura, aunque a él le molesta que se le diga) de 1931 a 1936.” Afortunadamente, Ossorio no trae a cuento sucesos fabulosos, por encima ó por debajo de la crítica histórica, sino hechos recientes, incorporados a la experiencia de la actual generación de españoles. Y si alguno, por demasiado joven, no alcanzó la plenitud de Maura, es fácil explicarle la política de aquel hombre, tan noblemente preocupado por la grandeza de España, diciendo que justamente fué lo contrario de la República.

Maura y la República, por espacio de unos cuarenta años, constituyen los polos de la vida pública española: polos de automática repulsión. Tres puntos fundamentales sitúan la gestión de Maura, gobernante: reforma de la Administración Local, creación de la Escuadra, presencia y acción en Marruecos. La República contrapuso los Estatutos autonómicos, la trituration del Ejército y la renuncia a la guerra. Claro es que, traspuesta esta primera línea de negaciones, la República fué aún más allá en la demolición de los pilares todos de la vida nacional, sin olvidar —¡inolvidables jornadas!— la vida misma de los acosados españoles. Pero Ossorio pasó de la luz a las tinieblas, tratando de confundirlo todo, y ni siquiera le orienta en su oscuro extravío el recuerdo de su etapa —año 1909— de gobernador civil en Barcelona. Se produjo bajo su mando la tristemente célebre “Semana sangrienta” —tenue prelude...—, y no vacila en atribuir la culpa de los demoníacos excesos cometidos... a la declaración del es-

tado de guerra. La ojeriza al Ejército es uno de los estribillos que más frecuentemente vuelven en estas conferencias.

Véase que se trata de una interpretación, no liberal, sino libertaria, de la política española a lo largo de siglo y medio. Ossorio no perdona a Narváez su sentido de la autoridad, ni a Castelar su inclinación conservadora, ni a Weyler su duro estilo de hacer la guerra a un enemigo que no se distinguía precisamente por su blandura. Y si el anarquismo dió al traste con la vida de los gobernantes que aceptaron la lucha, con voluntad resuelta de salvar al Estado y a la sociedad, ellos —viene a decir Ossorio— se lo buscaron. “Cánovas —asegura— murió por no haber impedido los desbordamientos antijurídicos de los militares de Montjuich. Dato fué igualmente asesinado mucho más tarde por no haber impedido los crímenes de Martínez Anido y Arlegui en Barcelona. Bien echadas las cuentas, resulta más barato ser valiente un día frente a los poderes desbordados, que ser cobarde y perecer por venganza de los atropellados.” Los atropellados, según este increíble argumento, son los que arrojaron bombas de dinamita al paso de la procesión del Corpus Christi, en Barcelona, o acechaban a los patronos y autoridades, pistola en mano, en cualquier esquina. Evidentemente, Ossorio es rojo con efectos retroactivos. Lógicamente tenía que parecerle “glorioso” el primer periodo de la segunda República. Se pierden o atenúan estas “glorias” en el “bienio negro de 1933 a 1935”. Pero “la resurrección” del régimen se operó en 1936.

Apenas si traspasa Ossorio en estas conferencias el umbral de nuestra guerra de liberación. No hace falta. Si no conociéramos la entrañable adhesión de Ossorio al Frente Popular —sin que le tocara en el corazón la heroica actitud de la España salvada por nuestro Movimiento—, y si no contásemos con otros medios informativos que los textos de la presente glosa, nos bastarían dos pasajes de las conferencias, para inferir la posición adoptada por Ossorio. Uno es el alusivo a Calvo Sotelo, su antiguo compañero en las propagandas mauristas. Se refiere a él, callando, por supuesto, su inmolación, en los siguientes términos. “El joven listo don José Calvo Sotelo, desertor del maurismo, se despachó a su gusto —desde el Ministerio de Hacienda— y desastrozó la Economía nacional.” El otro pasaje que nos importa subrayar se reduce a unas frases incidentales, de tanta injusticia como

crueldad: "El hijo de Primo, este desventurado José Antonio que acaba de ser fusilado en España, y que era entonces un niño recién salido de la Universidad, había recibido de la Compañía Telefónica de España (negocio escandaloso) un destino de abogado con 25.000 pesetas de sueldo..." A propósito de esta cita, acabamos de calificar a Ossorio de injusto y de cruel. Pero ¿y su sentido histórico?... ¿Y esa pérfida ceguera por la cual no percibe en José Antonio la trascendencia de su vida y de su obra?...

Sustraído está el sagrado cuerpo de la Patria al alcance de los hoy expatriados: Ossorio, entre ellos. Pero todavía la pueden herir —y a ello no renuncian— en el corazón de su prestigio exterior, en el punto sensible de América. Este alevoso golpe tiente a Ossorio, y se apresura a envenenar la flecha que, con el legítimo anhelo de servir nuestro destino, lanza la España de Franco a los espacios ideales, cuando habla de Hispanidad, en honor común de la estirpe y con absoluto respeto a la soberanía de cada nación. Ossorio descubre en esto un campo abonado para peligrosas suspicacias, y las siembra, bien a título histórico, al comentar de pasadas intervenciones de España en Méjico, Santo Domingo, Perú o Cuba; bien con la mira puesta en la situación presente, alarmando, fomentando un posible recelo, falscando conceptos de limpia razón. Oigamos a Ossorio por última vez: "En América no deben mirarse nunca con desdén los propósitos imperialistas españoles, pues no por ser disparatados dejan de ser peligrosos. Ahora mismo nos encontramos ante otra de esas amenazas, de la cual todos se ríen. Yo, sin embargo, vengo insistiendo en reclamar que se ponga en ella una celosa atención."

Puñaladas al aire son esas: no hallán carne en que lógicamente pueda recaer el golpe que se trató de asestar. Los hispanoamericanos saben bien a qué atenderse. Pero, por falta de mala intención en el agresor, no queda.

MELCHEOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.